

La escuela de Menéndez Pidal y la tradición del krausismo español

FRANCISCO ABAD
Catedrático de Literatura. UNED

En las generaciones intelectuales de la España contemporánea, Menéndez Pidal pertenece, obviamente —por la fecha de su nacimiento—, a la del 98, así como sus discípulos Américo Castro, Dámaso Alonso o Rafael Lapesa se adscriben respectivamente a la del 14, la del 27, y la del 36. La pertenencia pidalina al noventa y ocho fue subrayada hace ya bastantes años por José Luis Abellán. Actualmente suele subrayarse de nuevo tal pertenencia, pero ya vemos que se trata de un hecho que estaba bien establecido cuando se ha hecho la historia de la cultura española.

LAS TRADICIONES KRAUSISTA Y DEL 98

Sin embargo, lo que no debe olvidarse es que en don Ramón actuó, en confluencia en parte con el noventa y ocho, otra tradición de gran impronta: la del krausismo español. La impregnación krausista de nuestra literatura de la segunda mitad del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX es un hecho cierto —Ángel del Río, en su preciosa *Historia de la literatura española*, lo advirtió alguna vez—. Y en ese marco hay que situar, asimismo, a Menéndez Pidal: su austeridad personal en el modo de vida, la independencia de conciencia y el tono laicista, el gusto por las tradiciones y lo folclórico, la demofilia, etc., le inscriben en tal serie del krausismo español. De hecho, la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos, en los que tanto papel tuvo, eran instituciones llenas de ese espíritu krausista, al igual que el krausismo español impregnó a un Galdós, por ejemplo.

Nosotros formularíamos cómo Ramón Menéndez Pidal era persona de implantación krausista, pero que por su edad pertenecía a los hombres del 98, y ese noventa y ocho incidió en su krausismo. No es sin más un hombre del 98, aunque también lo sea y le venga impuesto, en parte forzosamente, por su zona de fechas de nacimiento.

El gusto por el excursionismo, por las tradiciones españolas, por el folclore, por la intrahistoria toda, caracterizan entre nosotros a Giner de los Ríos y a sus gentes, y tal herencia la hace suya de manera muy decidida don Ramón.

distancia

Cuaderno de Cultura

Hay un libro precioso de Manuel Bartolomé Cossío (*De su jornada*, 1929) que cualquier profesor español, creemos, que debiera leer. y En el que se estampa, por ejemplo, a propósito de la enseñanza de la historia en la Institución Libre de Enseñanza, que la misma «tiene desde el comienzo carácter de Historia de la cultura» y que en ella «se habla más de los pueblos que de los personajes [...] despertando la idea –sin decirlo– de que todo lo que hay se hace por todos, y de que el verdadero sujeto de la historia no es el héroe sino el pueblo entero, cuyo trabajo de conjunto produce la civilización». Menéndez Pidal hizo suya una historiografía romántica –como en realidad tuvo una fuerte impronta romántica la historiografía de sus discípulos del Centro de Estudios Históricos, la de Américo Castro, etc.–, y ese romanticismo le llevó a ponderar la acción de los héroes (el Cid, los conquistadores de América con sus *ilustres hazañas*), pero asimismo operó en él la otra impronta de la mentalidad krausista, y de ahí su populismo –en el sentido más noble de la voz.

Don Ramón no estudió sino por ineludible necesidad científica, y en lo que hacía falta, el llamado *mester de clerecía*. Él se ocupó de los juglares y de la poesía juglaresca, que en definitiva era tradicional y en parte obra de todos, y trató también del



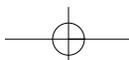
lenguaje y del romancero, productos asimismo muy tradicionales.

La noción pidalina de *estado latente*, o sea, el hecho de que puede estar perviviendo, por ejemplo, el romancero durante siglos y, sin embargo, no se tenga conciencia de ello, o se tenga y no se le preste importancia o interés, es noción muy vinculada a un examen del pasado, justamente por lo que tiene de colectivo y de intrahistórico (la intrahistoria, según define el Diccionario académico a la zaga de Unamuno, es «la vida tradicional, que sirve de fondo permanente a la historia cambiante y visible»; es la «vida tradicional del pueblo, que subyace a los acontecimientos», en la definición del *Diccionario del español actual*).

En la historia del lenguaje –en efecto–, de la literatura o de las instituciones sociales y políticas, el proceso de ocultación o latencia es cierto, y Menéndez Pidal explica –creemos que con formulación muy

clara– en qué consiste ese estado latente, y dice entonces: «Los contemporáneos de tal hecho o uso social *no se dan cuenta de él* porque viven apartados del medio en que se produce y lo desconocen, o conociéndolo *no dan cuenta de él* porque no lo creen digno de atención; por cualquiera de estas causas de latencia coetánea se produce la latencia entre los observadores posteriores que se ven privados de datos respecto al hecho en cuestión». Se trata, por tanto, de una actividad colectiva o uso social que queda oculto, porque o se desconoce o se halla relegado a grupos sociales incultos. Sale de esa latencia cuando al hecho se vuelve a prestar atención por las gentes cultas o eruditas. El maestro habló asimismo de estado latente con otras palabras, en referencia a los «largos períodos en que la actividad [“una actividad colectiva”] desaparece ante nuestros ojos, aunque tenemos indicios o pruebas de su existencia».

Menéndez Pidal ya decimos que se ocupó de los hechos tradicionales como el lenguaje y el romancero; del segundo sentó la tesis de que viven en variantes, y del idioma podríamos decir lo mismo, que vive en variaciones o en una dialectalidad esencial. Don Ramón estableció en concreto grados en la tradición, es decir, grados de consistencia tradicional en diversas actividades colectivas: lo más tradicional de todo



distancia

La escuela de Menéndez Pidal y la tradición del krausismo español

le parecía el lenguaje, y de ahí que el individuo pueda intervenir difícilmente en cambiarlo; segundo grado de tradicionalidad (o sea, menor tradicionalidad) presenta el romancero: «El romance [...] vive en variantes, porque cada uno que lo canta lo considera como cosa propia [...]. Y sin embargo [...] sólo cuando alguna innovación de recitador logra agradar a unos y otros oyentes, llega a incorporarse al texto del romance».

El romance posee menor grado de tradicionalidad que el lenguaje. En su vida intervienen menos gentes, se halla en boca de menos —la lengua la hablan todos— y así una innovación feliz puede incorporarse algo más fácilmente al texto romanceril y emigrar a varios lugares y difundirse.

La densidad o consistencia de la tradicionalidad respectiva hace más inmutable el idioma, menos el romance (y menos el cantar de gesta): cuando hay menor tradicionalidad, resulta más fácil que las innovaciones se abran paso.

Añadía don Manuel Bartolomé Cossío que para la enseñanza de la historia se hacían en la Institución Libre de Enseñanza visitas a museos y excursiones a ciudades monumentales e históricas; de la misma manera don Ramón Menéndez Pidal recorrió la ruta del Cid, e hizo encuestas dialectales y romanceri-



les: se trataba en uno y otro caso de descubrir las situaciones históricas, las corrientes tradicionales, lo colectivo y hecho por todos (nada más hecho por todos que el idioma de todos los días, según argumentó tantas veces el maestro gallego-asturiano).

LA ESCUELA PIDALINA Y LAS GENERACIONES DE LA CULTURA ESPAÑOLA

Por lo que respecta no ya sólo a don Ramón sino a la escuela toda de sus discípulos y colaboradores directos, cabe decir que son en efecto cuatro generaciones de la cultura española —bien conocidas de los estudiosos—, las que han aportado nombres y hombres o mujeres a la misma. Hablamos de *generación* en sentido técnico, es decir (y de acuerdo con Ortega y Gasset), de comunidad de fecha y comunidad espa-

cial, las cuales dan lugar a una «identidad de destino [que] produce en los coetáneos coincidencias secundarias». Desde luego, tenemos presente que la comunidad de fecha se produce según intervalos o cadencias de quince años: en el caso particular de nuestra cultura, entendemos que la generación del noventa y ocho nace en los años que van de 1861 a 1875; la llamada generación del 14 entre 1876 y 1890; la del 27 de 1891 a 1905; y la del 36 entre 1906 y 1920.

En este sentido la nómina de miembros vinculados al Centro de Estudios Históricos es así:

- Generación del 98: Menéndez Pidal.
- Generación de 1914: García de Diego, Navarro Tomás, Américo Castro, Federico de Onís, Homero Serís, Miguel Artigas, Eduardo Martínez Torner, Federico Ruiz Morcuende.
- Generación del 27: Gili, Amado Alonso, Fernández Ramírez, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Antonio García Solalinde, Florentino Castro Guisasaola, Miguel Herrero, José Fernández Montesinos, Ernesto Giménez Caballero.
- Generación de 1936: Rafael Lapesa, Antonio Tovar, Enrique Moreno Báez.



distancia

Cuaderno de Cultura

EL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

La Junta para Ampliación de Estudios fue creada en 1907 y el Centro de Estudios Históricos surgió en su seno en marzo de 1910. La *Memoria* de la JAE de 1910-1911 habla primero de una *Sección* en ese *Centro* llamada de *Orígenes de la lengua española* y que estaba dirigida por D. Ramón Menéndez Pidal. Años más adelante, la *Sección* cambiará de nombre. En estos tiempos de *Sección* dedicada a los orígenes de la lengua española, la *Memoria* de los años sucesivos registra diferentes investigadores que, con una u otra cualidad, se hallan vinculados a la misma: decimos así que don Ramón figura como director. Otros estudiosos que van apareciendo ahora son Américo Castro, Justo Gómez Ocerín, Zacarías García Villada, Eduardo García de Diego u otros que ya hemos mencionado.

Llega un momento –*Memoria correspondiente a [...] 1914 y 1915*– en que, en efecto, se habla ya de D. Ramón Menéndez Pidal en tanto «Presidente del Centro y Director de la Sección de Filología» del mismo. Entonces figura Tomás Navarro Tomás como «Secretario del Centro». Desde este momento, los nombres de investigadores que formaban parte de la sección filológica



siguen aumentando y, aunque sea en algún caso, creemos que, por una sola vez, aparecen ciertamente registrados Benito Sánchez Alonso, Manuel Manrique de Lara, Emilio Alarcos García, Pedro Henríquez Ureña, Juan Dantín Cereceda, José F. Pastor, Carmen Fontecha, Pedro U. González de la Calle, Agustín Millares Carlo, Lorenzo R. Castellano, Enriqueta Hors, etc., a más de otros ya mencionados. Adscrito a la sección creada en los últimos tiempos de «Literatura contemporánea» aparece asimismo Vicente Llorens.

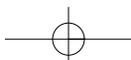
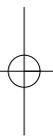
En una nómina tan amplia como la que constituyen las enumeraciones anteriores debe haber colaboradores más o menos ocasionales, mientras otros constituyen el núcleo que se tiene por esencial del Centro de Estudios Históricos.

Existe, por tanto, una escuela pidalina de estudios lingüísticos que es quizá más conocida (Amado

Alonso, Gili, Salvador Fernández Ramírez, Lapesa...) y existe, asimismo, una escuela pidalina de estudios literarios y de análisis del estilo. Sus nombres quizá más característicos –pero no los únicos– son los del propio don Ramón (épica, historiografía, romancero), más los de Tomás Navarro Tomás (métrica), Américo Castro (dedicado en el último cuarto de siglo de su vida a historia de las mentalidades), Federico de Onís, Homero Serís, Torner, y Dámaso Alonso, Solalinde, Montesinos, Álvaro Galmés y Diego Catalán (asimismo, lingüistas rigurosos).

EMPRESAS COLECTIVAS DEL «CENTRO» Y OBRA PIDALINA

La *Memoria* de la «Junta para Ampliación de Estudios» de 1912-1913 alude a «la obra de conjunto emprendida por la Sección» filológica, que es la *Colección de documentos lingüísticos de los siglos XI á XV*: «casi todos los miembros del Centro –se nos apunta– [...] han aportado copias de documentos, cuyo estudio crítico está realizando D. R. Menéndez Pidal»; a estos documentos, en fin, «seguirá [...] la *Crestomatía literaria de la Edad Media*». Vemos así con claridad hasta tres cosas: a) que se dibujan en el futuro



distancia

La escuela de Menéndez Pidal y la tradición del krausismo español

los volúmenes de Documentos Lingüísticos del Reino de Castilla y del Reino de Aragón, que ciertamente serían publicados; b) que otra empresa aparte será la *Crestomatía*, la cual se halla asimismo editada; c) que se perfila asimismo la obra personal de don Ramón *Orígenes del español*, ya que se halla estudiando la documentación allegada por mano propia o ajena.

Desde 1904, Menéndez Pidal tenía publicado el *Manual (elemental) de gramática histórica española*, producto en definitiva bastante cercano a las concepciones generales de los neogramáticos, pero él, con la apelación a los factores geográficos e históricos, iba a falsar (falsar es impugnar, refutar) tal paradigma neogramático en escritos suyos ya de la segunda década del siglo XX y ejemplarmente en esa obra magna *Orígenes...*

Y así, en efecto, la *Memoria* de la JAE relativa a 1924/1926, además de incorporar a los nombres de los colaboradores del Centro el de Pedro Sánchez Sevilla, el ejemplar alumno de don Ramón que desaparecería pronto, da cuenta de la publicación del tomo primero de *Orígenes del español*, e indica que el segundo «será un léxico de la lengua de los siglos X y XI», y que en la reunión de materiales «han trabajado don Pedro Sánchez Sevilla y don José [F.] Pastor». Asimismo está alu-

dido el artículo de Amado Alonso «Español “como que” y “cómo que”» (1925), presentado en tanto «un acabado estudio de sintaxis histórica» que, en efecto, constituye un análisis instructivo que no se incorporó luego a libro. En definitiva, ocurre que a quien correspondió el trabajo principal del Glosario de voces usadas en el período de orígenes, una vez desaparecido Sánchez Sevilla fue a R. Lapesa, según indicaría en su momento el maestro gallego-asturiano. Ese Glosario —en el que además han trabajado otras personas— va a editarse muy próximamente al cuidado de Manuel Seco y su equipo.

UNAS PALABRAS SOBRE AMÉRICO CASTRO

Don Américo fue de manera administrativa oficial catedrático de Historia de la Lengua Española, pero en verdad sus intereses iban por otra parte, por los de una Historia de la cultura española primero del Renacimiento y luego de las creencias religiosas en el suelo peninsular (en realidad al estudiar el Renacimiento se ocupaba ya de la creencia erasmista). No extraña así que su labor en torno a la diacronía resultase muy limitada, pues otros eran los afanes que llevaba en el alma. Se sintió perseguido en una España tradicionalmente católica por cuanto pertenecía a la minoría laica y republicana, y enlazó así de manera natural con los erasmistas y —en su tiempo— con los krausistas: la lingüística debía resultarle un tanto abstracta y vacía, y dedicó por ello el afán investigador a problemas de la cultura. Si en

la actitud liberal y laica entroncaba con Menéndez Pidal, sus preocupaciones intelectuales le llevaban a Menéndez Pelayo: dicho simplificada y para entendernos, él era un Menéndez Pelayo de izquierdas, mientras su maestro don Ramón enlazaba naturalmente a su vez con el Menéndez Pelayo historiador de la literatura y exaltador del Quinientos español y de su estilo lingüístico-literario presidido por la claridad. De esta forma trabajos lingüísticos como el de una Gramática y vocabulario de los Fueros leoneses los dejó Castro sin hacer, al igual que Menéndez Pidal dejó inacabada su Historia de la lengua entre otras razones (creemos) por su poco gusto hacia unos siglos XVIII y XIX, no sólo muy próximos a él, sino menos representativos de lo que consideraba característico y esencial español que las centurias estimadas con punto de vista romántico heroicas, de la Edad Media y del siglo áureo.

Américo Castro y su maestro don Ramón —de manera más callada y serena el segundo, con más presencia pública y polémica el primero—, fueron estudiosos muy impregnados de la cultura española del krausismo, ese krausismo español que llena como espíritu general buena parte de la vida intelectual española de los tres cuartos de siglo que se extienden entre 1860 y 1936.

